

SEMANARIO DE AVISOS.

Se suscribe á este periódico en Salamanca, librería de *Moran*, á 12 cuartos para los suscritores de esta ciudad, llevado á sus casas, y á 2 rs. fuera franco de porte: los números sueltos se venderán á cuatro cuartos cada uno.

Los anuncios se insertarán por un precio módico, y para los suscritores *gratis*. Se irá mejorando este periódico y rebajando su precio en proporción del aumento de suscripciones.

ANUNCIOS.

Se pública desde 1.º del próximo Junio el periódico titulado el ESPAÑOL, se suscribe á el en esta ciudad en la librería de *Moran* donde está de manifiesto el prospecto.

Se venden dos casas de buena construcción y de comodidades, una situada en la calle de Sordolodo; y otra en la plazuela de S. Benito. También se vende una panera de grande capacidad que está á la inmediación del mercado de los granos. Se dará noticia en la redacción de este periódico.

Se busca una criada que sepa coser guisar y planchar, la persona que se contemplare útil para ello, en la redacción de este periódico darán razón.

El día 15 de agosto próximo venidero, se arrendará en pública subasta la dehesa de Gallegillos sita en esta provincia, cuyo aprovechamiento es de pasto bajo y bellota. El pliego de condiciones bajo el cual se ha de realizar el contrato, se presentará con ocho dias de anticipación al que se señala para el remate, en la casa de Don Agustín Morales, Administrador de dicha dehesa.

En el edificio que fué colegio de los Huérfanos estramuros de la puerta de Santo Tomás, se vende loza blanca y de color á precios arreglados. El almacén está abierto todo el día.

MERCADOS.

Precios de los granos en las pane-

ras y mercados de esta Ciudad desde el dia 27 de Abril al de la fecha.

Garrobas.

16 á 18

Id. id. de comestibles.

	<u>Reales vn</u>
Trigo candeal.	20 á 22
Id m mediano.	18 á 20
Idem inferior.	17 á 18
Rubion.	13 á 14
Centeno.	10 á 11
Cebada.	10 á 11
Garrobas.	10 á 11
Muelas.	18 á 19
Hervejas y Guisantes.	13 á 14
Garbanzos	50 á 80

Salamanca 3 de Mayo de 1845.

La arroba de azucar blanca.	á 60
Id. terciada.	á 50
Arroz.	á 36
Jabón.	á 50
Pescado.	á 42
La libra de canela.	á 60
Id. Cacaó de caracas.	á 6 y medio
Id. id. guayaquil.	á 3 y medio
Id carne de vaca.	á 7 cuartos
Id. tocino.	á 18 cuartos
El cuartillo de vino.	á 4 cuartos

Precios de los géneros en el mercado de Salamanca.

	<u>Rs. vn.</u>
Azucar blanca la arroba	58 á 60
Id. terciada id.	á 48
Cacaó caracas libra	5 á 6
Guayaquil id.	á 3 y m.º
Escocia la arroba	48 á 50
Pescado comun la arroba.	á 40
Aceite la arroba.	50 á 52
Pimiento dulce la arroba.	á 60
Id. picante id.	á 50 y 60
Canela la libra	50 á 54
Y en casa de Primo Sobrino	á 32
Arroz la arroba	á 32 y 34
Cañamo asedao	á 110

Precios de los granos y géneros en el mercado de Tamames, del dia 30 de Abril.

	<u>Rs. vn.</u>
Trigo candeal.	20 á 24
Barbilla.	18 á 19
Centeno.	13 á 14
Cebada.	14 á 15

Precios de los granos en el mercado de Vitigudino del dia 1.º del corriente.

	<u>Rs vn.</u>
Trigo candeal.	19 á 20
Id. barbilla.	16 á 18
Centeno.	11 á 12
Cebada.	10 á 11
Garbanzos	á 50
Guisantes.	á 24

Id. id de géneros.

Tocino.	á 50
Aluvias.	á 60
La arroba de azucar blanca.	á 56
Id. terciada.	á 46
Cacao de caracas.	á 150
Aceite.	á 50
Escocia bueno.	á 50
Pescado	36 á 40
El cántaro de vino.	á 11
Id de aguardiente,	á 26

Patatas. á 10 cuartos en el mercado de Ledesma, del dia 1.º del corriente.

Precios de los granos en el mercado de Fuente-Sauco, del dia 30 de Abril.

	<u>Rs. vn.</u>		<u>Rs. vn.</u>
Trigo.	á 23	Trigo candeal.	á 22
Id. mediano.	á 21	Id. inferior.	á 20
Id. inferior.	á 19	Id. rubion.	á 15
Centeno.	á 11	Centeno.	á 13
Cebada.	á 10	Cebada.	á 12
Garrobas.	á 30	Garrobas.	á 16
Garbanzos	á 60	Garbanzos.	á 60
Arvejas.	á 14	Aluvias.	á 60
Algarroba.	á 17		
Guisantes.	á 15		
Avena.	á 9		

Id. id. de comestibles.

La arroba de azucar blanca.	á 52	Id. id. de comestibles.	
Id. terciada.	á 42	La arroba de azucar blanca	á 56
Aroz.	á 35	Idem terciada.	á 46
Pimiento.	á 50	Id. Bacalao.	á 38
Id. pescado comun.	á 36	Id. de jabon.	á 52
Aceite.	á 68	Id. de arroz.	á 32
Id. jabon.	á 52	Id. Escocia.	á 48
Aluvias.	á 68	Id. Pescado comun.	á 36
La libra cacao caracas	á 6	La libra cacao de caracas.	á 6
Id. id. guayaquil.	á 3	Id. guayaquil.	á 3 y medio
El cántaro de vino.	á 11	Idem canela comercio de	
Id. de aguardiente.	á 28	Inestal.	á 40
Patatas. á 10 cuartos		El cántaro de vino.	á 18
La libra de vaca. á 6 cuartos		Id. Aceite.	á 60
La libra de tocino. 15		Id. de aguardiente.	á 30
		Id. carne de vaca á 7 cuartos.	
		Id. carnero.	á 9

Precios de los granos en el mercado de Peñaranda del dia 1.º del corriente.

			<u>Rs. vn.</u>
Trigo candeal bueno.			22 á 23
Centeno.			10 á 11
Cebada.			á 11
Garrobas.			11 á 12
Garbanzos superiores.			á 90

Precios de los granos y géneros

PARTE LITERARIA.

EL RELOJ

DE LAS MONJAS DE SAN PLÁCIDO.

(Tradición) (1).

Poco tiempo hacia que estaba concluida la obra del convento de monjas de San Plácido; es decir que mediaba el año de 1624, cuando en una noche del mes de julio, tres horas despues de haber oscurecido, entraron con paso no muy acelerado en la calle de San Poque dos personas embozadas en su largo ferreruelo. El alumbrado de Madrid en aquellos tiempos estaba el arbitrio de la atmósfera; pues el único farol que le daba alguna luz por igual en todas sus calles, era la luna; como en la noche de que hablamos estaba oculta entre negros nubarrones, habia dejado á la poblacion en una oscuridad completa, y era imposible distinguir las facciones de los dos embozados. Sin temor de ser conocidos, seguían su camino sin desplegar los labios, hasta que llegaron á la esquina de la calle del Pez donde se detuvieron, enfrente de un pequeño retablo de San Roque que habia á la esquina del convento donde ahora hay otro mas moderno.

(1) No puede asegurarse positivamente hasta que punto sea cierto el suceso á que se refiere esta tradicion; pero existiendo ella bastante generalizada, el autor de esta leyenda ha creído poder referirla tal como ha llegado á sus oídos.

Ambos sacaron el rostro del embozo, se miraron en silencio, y vieron sus semblantes algo turbados al parecer, iluminados por la luz muribunda que despedia un farol que alumbraba al santo. Los dos tenian la misma estatura, aunque se diferenciaban en la edad. Al mas jóven le colgaba una guedeja rubia por debajo del sombrero, y su fisonomía la animaban dos ojos azules y rasgados; la luz del farol no era suficiente para distinguir el bigote que le apuntaba. El otro era un hombre robusto, de bien pronunciadas facciones, con unos bigotes castaños, retorcidos hácia arriba, y una perilla poblada en la barba.

Breve rato pasaron en silencio, como dos personas que estan indecisas preguntándose uno á otro con los ojos en que han de resolverse, hasta que el mas joven bajando la cabeza, dijo, despues de haber suspirado:— ¡No me otrevoy á pasar adelante!—Animo, señor, le repuso el de mas edad; tiempo es ya de que se rinda esa fortaleza inexpugnable: si temeis que seamos descubiertos, debeis desechiar un temor tan infundado. La hora es la mas á propósito para nuestra empresa: las puertas no nos impedirán el paso, pues las llaves estan en mi bolsillo: podeis entrar seguro hasta su cuarto.—Y no crees, Damian, que pudieran muy bien.... espérame.—Sin acabar la frase volvió piés atrás y se paró en la puerta de la iglesia, aplicando el oido por la

cerradura: pasado un momento se reunió con su compañero, el cual le dijo sonriéndose:— Pues ya es sabido que á estas horas no han de estar en coro.—No seremos descubiertos? preguntó el jóven con ansiedad.—Y aunque lo fuésemos, que mal habria en ello? dijo Damian encogiéndose de hombros. Con una sola palabra podeis hacer callar á cualquiera.—Temo... vamos Damian... tienes mucha razon.

Volviéron á embozarse bien, y doblaron con resolucion la calle, dirigiéndose por la del Pez abajo. Paráronse en la portería del convento y estuvieron un rato escuchando, al cabo del cual tomaron la calle de la Madera, donde segun se vió era el término de su viaje. Al llegar á la puertecilla pequeña que hay á mano izquierda, dijo Damian sacando un llavero:—Ya estamos, á Dios gracias.—Abre pronto, dijo el jóven, porque sino tal vez me arrepienta.—No tardó tanto en decirlo como en estar espedito el camino. Entraron con mucho cuidado cerrando la puerta trás sí, y despues de haberse cerciorado de que no se percibia á su alrededor ni el mas pequeño suspiro, sacó Damian una linterna que traia debajo del ferreruelo, y vieron que estaban en un cuarto junto á la cocina.—Sabes el camino? dijo el jóven.—Si no me ha engañado el sacristan, creo que acertaremos.—Pues vamos, vé adelante guiando.—Andad de puntillas.—Mal-

ditos horceguies como suenan!— Mucho silencio.

Acabado este pequeño diálogo, prosiguieron internándose en el convento, y pasados algunos claustros llegaron á una celda donde se pararon, y cuya puerta fue abriendo Damian muy pausadamente. El jóven se acercó el oido de su compañero y le dijo en voz apenas inteligible:—Quédate aquí fuera, y si pasa por casualidad alguna religiosa impedirás que alborote... si es necesario dila quien soy.—Damian bajó la cabeza repetidas veces en señal de que estaba enterado, y se quedó en el claustro recostado en la pared, volviendo á ocultar la linterna.

El jóven entró en la celda, que era un cuarto pequeño, cuyos únicos muebles consistian en un tablado y un reclinatorio, donde estaba orando una religiosa; delante de ella tenia una imágen de santa Teresa con dos búcaros con flores, y en medio una lamparilla que daba una luz muy escasa. Ya fuese por poca resolucion, ó porque le intimidase la quietud que reinaba á su alrededor, no pudo el jóven moverse de un mismo sitio, y quedó como una estatua, fijos los ojos en la religiosa. Procuraba contener su respiracion agitada y los fuertes latidos de su corazon, receloso de que descubriesen antes de tiempo la idea que le habia llevado hasta aquel sitio. Luchaba en su interior con la pasion que le dominaba y con

el arrepentimiento de haberla llevado á cabo; incierto y vacilante entre estas dos ideas tan opuestas, no sabia por cual decidirse, y se hallaba sin dar la mas pequeña señal de animacion, como si le hubiera petrificado la mujer que moraba en aquella santa mansion. Largo rato pasó en tan penosa incertidumbre, y no saliera de ella á no haberse levantado la religiosa despues de acabar su oracion. Ambos se conmovieron al mirarse; el jóven se acercó á ella indicándola el silencio, y fue una advertencia inutil, pues habia caido desmayada en el suelo dando un grito. Entonces la estrechó entre sus brazos con alegría, y sentándose en el tablado la recostó en su pecho, pasando la mano por su frente, sin atreverse á sellar en ella sus labios, intimidado por la sagrada toca que la cubria. —Margarita! Margarita!—la llamaba entusiasmado, acercando su boca á la mejilla de la religiosa;— al fin te he encontrado! al fin han sido inútiles todos los medios de que te has valido para huir del amor que me abrasa.—

Margarita volvió en si dirigiendo una mirada de compasion al jóven que la estrechaba convulsivamente y lleno de placer: con ella logró que la soltase haciéndole enmudecer al mismo tiempo.— Señor, le dijo hincándose de rodillas, ¿por qué me perseguis hasta este retiro? ¿No sabeis ya como he correspondido á vuestro amor? Cuando me hallaba en el mundo

sin amparo alguno y temiendo continuamente que el poder de un monarca lograra vencer todos los obstáculos que yo le opusiese, creí que el único medio de salvar mi recato, era el encerrarme en esta clausura. Yo lo juzgaba entonces como la única muralla que no podia saltar el monarca que me perseguia —Pues bien, Margarita, si estás viendo que nada se me opone, no podrás dudar del amor que te profeso —No profaneis esta casa donde jamás han resonado sino palabras de inocencia.—Y la pasion que me domina no la consideras inocente y pura como el cendal que te cubre? ¡Margarita! nada deseo sino ver ese rostro hermoso y escuchar esa voz virginal en todos los instantes de mi vida. Desde la última vez que te ví, no he podido gozar un momento de placer como el que estoy gozando.— ¡Señor...!—Margarita ven y reposa tu cabeza en este pecho que está abrasandose en el amor mas inocente.—Huid de aqui antes que nos sorprendan, solo en mi cabeza caería el castigo á pesar de ser inocente.—¿Y quién se atreveria á castigar á una persona que protege el soberano?—Sois el rey de España y sin embargo no puede todo vuestro poder lavar la mancha del desonor. Salid por Dios de aqui... os lo suplico de rodillas... no os acordeis de que Margarita existe en este mundo... dejadme, Señor, dejadme —¡Margarita.—Sino salis inmediatamente, grito y os descubro; mañana se

divulgará por Madrid que D Felipe IV el rey de España y de las Indias, en vez de velar por sus dominios, anda escalando los conventos y procurando seducir á las esposas del Señor —

Margarita, al decir esto, se apartó del rey señalándole la puerta con suma entereza. El rey quedó suspenso bajando los ojos sin dar respuesta ninguna, y levántandose finalmente lleno de indignacion —Nada la dijo, me ha de hacer variar de resolucion: yo lograré sacarte de esta casa.— ¡Señor! Margarita! la pasion que me domina me tiene ciego y vuelvo á repetirte que tarde ó temprano ha de consumir su felicidad.—Y si yo os suplicase un solo favor?— ¿Cuál es? preguntó el rey con ansiedad y convirtiendo en alegría el furor que le dominaba.—Solo os suplico, dijo Margarita, que paseis tres dias sin entrar en esta casa. ¿Y el cuarto?—Podeis venir.—A esta misma hora?—A esta misma hora.—¿Y entonces me recibiras con mas alegría?—Os lo juro.—Y luego —Ya vereis; salid.

El rey estuvo un momento sin quitar la vista de Margarita, demostrando su semblante el placer que abrigaba su pecho; esta cayó de rodillas en el reclinatorio cubriéndose el rostro con las manos luego que aquel estuvo fuera de la celda.

Tres siglos se le figuraron al Rey los tres dias que habian de pasar para que llegara la hora de la cita en que cifraba su felicidad;

llegada que fue, salió de palacio con el mismo compañero que la primera noche, y ambos con mas resolucion. En las pocas palabras que hablaron durante el camino, se conocia la alegría que los animaba, y en el paso acelerado que llevaban, la certeza de un próximo triunfo. Cuando llegaron á la puerta pequeña de la calle de la Madera, vieron con admiracion que se abrió al momento por sí misma, sin que persona alguna les impidiese el paso. El rey entró el primero, y al ir á hacer lo mismo Damian, la puerta se cerró repentinamente dejándole en la calle. Sin reparar aquel en este raro suceso, prosiguió su marcha por los claustros, causándole no pequeño asombro el verlos alumbrados con bujías que habia colocadas de trecho en trecho: llegó á la celda de Margarita, cuya puerta estaba cerrada, y abriéndola con resolucion entró entusiasmado deseando arrojarle á sus pies: aturdido quedó y sin poder apenas respirar al encontrarse solo en aquel cuarto — ¡Margarita! — gritó fuera de sí mirando á todos lados.— Venid y la vereis,—respondió una voz sepulcral desde el claustro: salió á él aterrorizado y se halló en medio de las religiosas que formaban dos hileras; cada una llevaba un cirio encendido, los rostros descubiertos, y fijos los ojos en el suelo. Fue mirándolas á todas una por una sin poder hacerse cargo de su situacion: luego que acabó de recor-

rerlas, lanzó un terrible grito; puse en medio de ellas cruzando las manos en el pecho, y dijo enfurecido brillando sus ojos encendidos por la desesperacion --Y Margarita?-- Venid y la vereis, volvió á repetir la misma voz que anteriormente.

Las religiosas empezaron á marchar muy pausadamente cantando un *de profundis*, y el Rey las siguió atemorizado, creyendo que era un sueño fatal todo lo que estaba pasando. En esta conformidad entraron en el coro que estaba cubierto con paños negros, teniendo en medio un pequeño túmulo donde estaba Margarita pálida y desencajada, rodeada su cabeza con una guirnalda de azahar, esparcidas varias flores sobre su hábito, y alumbrada por cuatro blandones.--Ahí la teneis--le dijo al Rey la abadesa, agarrándole del brazo y llevándole sin sentido hasta el féretro. Se acercó á ella agitado y convulso, clavando sus ojos en el rostro que pocos momentos antes habia creído encontrar lleno de amor y de alegría; quiso acercar sus labios al cadáver, y no se lo permitió un sentimiento de temor que moraba en su pecho.--Margarita....! Señor, perdonadme si he causado su muerte--al decir esto, cayó de rodillas bañados sus ojos en lágrimas, al mismo tiempo que continuaba la comunidad entonando el oficio de difuntos.

Los diferentes afectos que habian herido el ánimo del Rey en

tan cortos instantes, le causaron un desmayo que amedrentó en gran manera á las religiosas; pero como al parecer ya lo tenían previsto, se aprovecharon de él para mandarle a palacio con mucho sigilo en una silla que estaba prevenida á la puerta.

A la mañana siguiente se levantó el Rey con el semblante cadavérico, y denotando una tristeza que le era imposible vencer. El primer asunto que tuvo que despachar, fue una solicitud de las monjas de San Plácido, en la que le pedian que les costease un reloj para la torre. Al escuchar el nombre de este convento le vino á la memoria el recuerdo de la noche pasada, y acordándose de Margarita levantó los ojos al cielo, procurando que no sospechase el ministro la opresion que sentia su pecho,--

Mandad, le dijo, que se haga un reloj como hasta ahora no se ha visto ninguno; decid que al dar la hora toquen las campanas de una manera que parezca que doblan por la muerte de una religiosa.

Mientras pasaba esta escena en palacio, reinaba en el convento una alegría y un alborozo sin igual todas las religiosas estaban al redor de Margarita alabándola la traza de que se habia valido para librarse de las asechanzas del rey.

Fabricóse el reloj como habia mandado el soberano, quedando hasta el dia de hoy en la misma conformidad.

CARLOS GARCIA DONCEL.

Salamanca:--Imprenta de Juan José Moran.